

LOS DEPORTADOS DE PRIMO DE RIVERA

SANTIAGO DOMÍNGUEZ LLOSÁ
Instituto de Cultura Mediterránea

En mayo de 1926, y por pocos días, las Chafarinas recuperaron su condición de presidio político cuando fueron enviados a las islas en calidad de desterrados, pero sin juicio y proceso previo, cuatro personas que defendían ideas contrarias a las de la Dictadura de Miguel Primo de Rivera.

Estos deportados fueron Luis Jiménez de Asúa, Francisco de Cossío, Arturo Casanueva y Salvador María Vila. Los dos primeros nos dejaron las impresiones de su paso por las islas en sendos libros titulados *Notas de un confinado español y París – Chafarinas*, además de varios artículos en prensa y otras publicaciones ¹.

LOS DEPORTADOS

LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA (Madrid 1889 – Buenos Aires 1970).

En el momento de su detención era catedrático de Derecho Penal en la Universidad Central de Madrid (actual Universidad Complutense). A nivel internacional es reconocido como uno de los mayores penalistas españoles, del que se ha dicho que “si por una catástrofe nuclear se perdieran todos los escritos sobre derecho penal pero se salvase el Tratado de Jiménez de Asúa, las generaciones futuras no habrían perdido nada” (Nelson Hungria, penalista brasileño).

Tras su destierro en Chafarinas renunció a su cátedra en protesta por la injerencia de la Dictadura en la Universidad. En 1931 ingresó en el PSOE, perteneciendo al ala moderada, siendo elegido diputado por dicho partido. Presidió

¹ Todo el texto en cursiva está extraído de las obras citadas, cuyas referencias son: JIMÉNEZ DE ASÚA, Luis (1930). *Notas de un confinado*. Madrid: Ed. Mundo Latino. COSSIO, Francisco de (1932). *París – Chafarinas*. Madrid: Ed. CIAP.

la comisión encargada de redactar la Constitución de la II República Española. Siendo Director del Instituto de Estudios Penales, participó en la redacción del Código Penal de 1932.

Tras las elecciones de febrero de 1936 fue elegido Vicepresidente de las Cortes. Cuando estalló la Guerra Civil fue nombrado embajador de la República en Polonia y Checoslovaquia, encargándose de la adquisición de armas para el Ejército popular.



Luis Jiménez de Asúa en la puerta de su casa en Chafarinas. Fotografía de Enrique Gutiérrez.

Al acabar la guerra se exilió en Argentina, país con el que mantenía estrechos vínculos académicos, impartiendo clases en la Universidad Nacional de La Plata y la del Litoral, dirigiendo asimismo el Instituto de Derecho Penal y Criminología. En 1962 fue nombrado Presidente de la República Española en el exilio, cargo que ostentó hasta su fallecimiento.

En 1926 fue detenido al acudir a la Dirección General de Seguridad a interesarse por la suerte de seis estudiantes que habían sido detenidos el día anterior por protestar por la destitución de Miguel de Unamuno de su Cátedra de Griego y la forma en la que se le había concedido a su sustituto.

FRANCISCO DE COSSÍO Y MARTÍNEZ FORTÚN (Sepúlveda 1887-1973).

Cursó estudios de Derecho en la facultad de Valladolid, pero enseguida se inclinó por la actividad literaria escribiendo una pequeña obra teatral y luego varias novelas: como *La casa de los linajes*, y dos narraciones de aventuras: *El estilete de oro* y *El club de los 90*. Luego le seguirían otras novelas, como *Las experiencias del doctor Henson*, *El Caballero de Castilnuovo* y *La Rueda*. En periodismo, muy pronto inició la colaboración en el diario *El Norte de Castilla*.



De derecha a izquierda: Francisco de Cossío, Raisuni, Jiménez de Asúa y Salvador María Vila en las islas. Fotografía de Enrique Gutiérrez.

Tras su paso por Chafarinas, se marchó a París, donde mantuvo estrecha relación con personajes de la talla de Ortega y Gasset, Unamuno y el pretendiente carlista a la corona, Jaime de Borbón. Regresó de su exilio al finalizar la Dictadura, regresando a Madrid donde presidió la Federación de Empresas Periodísticas de España. Fue director de *El Norte de Castilla* tras la proclamación de la II República. Durante la Guerra Civil, fue corresponsal en varios frentes, pu-

blicando las obras *Hacia una Nueva España y Guerra de Salvación*, recopilación de sus crónicas en el periódico. Su obra más conocida es *Manolo*, elegía a su hijo menor, muerto en combate. También fue autor de *Clara*, *Taxímetro*, *Elvira Coloma o al morir un siglo*, *Aurora y los hombres* y *Cincuenta años*. En 1959 publicó *Confesiones*.

Fue deportado a Chafarinas por haber salido en defensa del líder de su partido, Santiago Alba, entonces exiliado en París con un artículo que había sido publicado un año antes en el diario argentino *La Razón*.

ARTURO CASANUEVA GONZÁLEZ (Santander, 1894 – 1936).

Abogado y poeta santanderino, se sintió atraído desde muy joven por la aventura, siendo uno de los primeros que se alistaron en la Legión española, experiencia que plasmó en su libro *La ruta aventurera de la cuarta salida*.



Casanueva leyendo en la ventana de su habitación en las islas Chafarinas. Fotografía de Enrique Gutiérrez.

Después de su paso por Chafarinas, participó en un crucero por el Mediterráneo con renombrados personajes de la época, como el Conde de Güell, el Marqués de Valdeiglesias y Perico Chicote, entre otros, publicando una serie de reportajes que serían reunidos en el libro *Crucero a Oriente*.

Hombre de ideas republicanas, como abogado se dedicó principalmente a la defensa de obreros en los conflictos laborales que se dieron en los años de la República, así como tras la sublevación de octubre de 1934.

En la Guerra Civil, participó en la defensa de unos oficiales de la Armada cuyo buque, un pesquero transformado en patrullero por los sublevados, se pasó a las filas republicanas siendo detenidos. Pese a sus esfuerzos por evitar la condena, los dos oficiales fueron fusilados. La Marina nacionalista bombardeó la ciudad, y en represalia al haber sido Arturo Casanueva uno de los defensores de los marinos, fue asesinado en la carretera del faro por milicianos.



Arturo Casanueva en la puerta de su casa en las Chafarinas y en uno de las embarcaciones para trasladarse entre las islas. Fotografías de Enrique Gutiérrez.

De nuevo, el motivo de haber sido enviado como deportado a Chafarinas es claramente injusto. Se le acusó de haber dirigido un telegrama de felicitación por la actitud de protesta del líder del partido conservador, José Sánchez Guerra, por la suspensión del periódico *La Época* expresada en una carta. Curiosamente se deporta a quien solo envió ese telegrama de felicitación, y no a quien había realizado la protesta.

SALVADOR MARÍA VILA HERNÁNDEZ (Salamanca 1904 – Viznar 1936).

Salvador M. Vila Hernández es una de las figuras más relevantes de la vida intelectual española, de los años veinte y treinta del siglo XX. Se relacionó con personajes de la talla de Miguel de Unamuno, Wenceslao Roces o Manuel de Falla. Estudió simultáneamente las carreras de Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Salamanca entre 1920 y 1924, siendo alumno de Miguel de Unamuno, del que siempre se consideró su discípulo. Tras obtener ambas licenciaturas se trasladó a Madrid para seguir con los estudios de doctorado.

A su regreso de las islas Chafarinas, continuó con su doctorado, obteniendo el Premio Extraordinario de Grado de Doctor en 1928, marchando a continuación a Berlín a ampliar sus estudios. A su vuelta a España, continuó su carrera docente como catedrático de Literatura española en Baeza y posteriormente en la Universidad de Madrid.

En 1933 obtuvo la cátedra de Cultura Árabe e Instituciones Musulmanas de la Universidad de Granada, lugar donde desarrolló el resto de su labor docente. En 1935 fue nombrado Director de la Escuela de Estudios Árabes de Granada, dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras. El 22 de abril de 1936 fue nombrado Rector de la Universidad de Granada, aunque su mandato fue complicado al anularse la convocatoria de los exámenes de junio por las algaradas de los estudiantes.

El 18 de julio le sorprendió de vacaciones en Salamanca. El 24 de julio fue desposeído de su cargo de Rector. El 7 de octubre fue detenido siendo trasladado a Granada. El 22 de octubre fue asesinado, junto a otras 28 personas en el Barranco de Viznar y arrojado su cuerpo a una fosa. Pese a ser una persona de sólidos principios democráticos, no tenía adscripción política alguna en el momento de su detención y posterior asesinato. Algunos autores han relacionado su muerte con la actitud de Miguel de Unamuno ante la sublevación militar que pasó del apoyo al mayor desencanto.

El motivo de haber sido desterrado a Chafarinas fue el haber incriminado, junto a otros compañeros, ante el Ministerio de Instrucción Pública, a un miembro del Tribunal que había concedido la cátedra de la que había sido desposeído Unamuno. Era uno de los seis estudiantes por los que se intentaba Luis Jiménez de Asúa cuando fue asimismo detenido. Los otros cinco estudiantes fueron encarcelados por 15 días, pero solo él fue desterrado a las islas.



*A la derecha Salvador M^a Vila junto a Jiménez de Asúa y Francisco de Cossío en la isla del Congreso.
Fotografía de Enrique Gutiérrez.*

Viendo la biografía de estos cuatro personajes, hay que destacar la arbitrariedad de la Dictadura a la hora de imponer un castigo a todas luces desmesurado e ilegal, al no haber sido dictado por ningún órgano judicial.

DESCRIPCIÓN DE LAS ISLAS

Ambos autores describen las islas de manera par ecida. Para Jiménez de Asúa, *las islas son tres, y los expedicionarios al mando de Serano las dieron denominaciones extrañas, que no pueden menos que sor prendernos hoy por la rara armonía entre el nombre y el destino de dos de ellas . La más occidental es la ma yor del archipiélago (un kilómetro de longitud por quinientos metros de anchura) y la más elevada (ciento treinta y*

cinco metros). Su perfil es gracioso cuando destaca contra el verde azulado del mar y el azul intenso del cielo. Los padrinos de la isla la llamaron del Congreso y, haciendo honor a su nombre, está deshabitada. La más pequeña ocupa la posición más oriental, y solo tiene seis hectáreas, elevándose sobre las aguas, en la cota máxima, treinta y cuatro metros. Fue bautizada con la denominación del Rey. Nadie habita en ella y solo los muertos la han colonizado: en un terreno de la costa, que el mar lame, está el cementerio del archipiélago.

La "Isla de Isabel II" se halla en medio de las otras dos. Es llana y arredondeada, con un perímetro de dos kilómetros, y una altura, en su porción máxima, de cuarenta metros por cima del mar. (...) Esta isla es la única poblada de las tres.



Algunos de los deportados fueron cautivados por la luz de amaneceres y ocasos que suelen darse en las islas. Fuente: Peñuela.

Cossío las describe cuando llega a bordo del "Gandía": *Fija mi vista en ellas, no llevo a saber si soy yo el que avanzo o si son las islas las que se aproximan a mí. (...) La solitaria roca del Congreso, que ya avanza hacia nosotros de un modo decidido, cubre a las otras dos. Más a poco empiezan a surgir tras ella la de Isabel II y la del Rey. Esta es la más pequeña de todas, y en ella se descubren unas tapias blanquísimas, de huerto o palomar andaluz: es el cementerio. La de Isabel II es la única habitada, y desde el barco, se nos ofrece como un promontorio de roca áspero y seco, limpio de vegetación, cercado por una breve muralla que da a la isla el único perfil militar.*



Caída del sol detrás de la isla del Congreso, vista desde el cementerio situado en la isla del Rey. Fuente: Peñuela.

Una vez en tierra hacen una descripción de las islas. Cossío, que llegó a las islas unos días antes que sus compañeros, la recorrió a la mañana siguiente a su llegada. Lo primero que le llamó la atención fue la luz. *Al pisar la calle he de entornar los ojos para que no me ciegue la luz.* Su alojamiento estaba en la calle principal, casi la única de la isla para él: *Va cuenta arriba, desde la Comandancia Militar hasta la plaza, y encontramos en ella el hospital, el Telégrafo y una taberna con una mesa de billar (...)* Subo hasta la plaza. *Ya no hay en la isla sino un punto más alto: la torre de la Conquista. Un fortín en ruinas con unos cañones desmontados. Aquí, en la plaza, cerrada en uno de sus lados por la Iglesia y abierta en otro lado al mar, comienza a percibirse el sentido de la isla y el valor de las palabras españolas aislado y aislamiento. El agua nos cerca y aprisiona, inmovilizándonos para toda aventura (...)* Se puede dar la vuelta completa a la isla por un paseo que se llama de los tristes.

Asúa da otros detalles curiosos en su descripción: *Unas murallas, de endeble fábrica, que parecen erigidas para representar comedias o películas de guerras pretéritas, encierran un sector de la ciudad, en la que se penetra, desde el embarcadero, por feísima puerta, en cuya cornisa está inscrito el nombre de Isabel II (...)* Se asciende por un polvoriento camino de suave pendiente, y a la derecha se halla el edificio de la Comandancia -el único de

apariencia comfortable-, con un pequeño jardín al frente, provisto del solo árbol que decora la isla. De allí parte la calle más importante y larga del poblado, dejando a la izquierda de su entrada el Hospital Militar (...) La calleja desemboca en la Plaza de Armas, donde está la Iglesia y los pabellones que moramos y desde la que se percibe un panorama de espléndido horizonte marino, cerrado al frente por las costas de cabo de Agua y por los montes de la zona francesa, y cortado a la derecha por el gran promontorio de la isla del Congreso. La parte opuesta al embarcadero es la más montuosa, y sobre ella está el faro, que por las noches manchaba periódicamente con su luz lechosa las paredes de nuestro pabellón (...) Poco después el explorador halla la “Torre de la Conquista”, infeliz remedo de fortaleza, con un muro circundante y cinco cañones de venerable época. Cuatro yacen por los suelos, caídos de sus cureñas; el otro se mantiene aún erecto sobre sus piernas de bronce. Pero en él todo es falso prestigio, y si se le inspecciona se encuentra ocupada su boca inofensiva por un gran corcho que le tapona como una botella y acía. En lo bajo de la isla, brindando al muelle una ficticia defensa, hay otro cañón de tan rancio abolengo como sus hermanas, atacado con corcho de nodo igualmente cómico e irreverente.

La isla tiene un camino que encinta sus costas y que Vila y yo recorremos todas las tardes, enemigos de encerrarnos en las casas en tertulias y juegos de naipes, como nuestros camaradas. El sendero circular se denomina “Paseo de los Tristes”, y al morir la tarde nos ofrecía paisajes de incomparable transparencia y de rojas gamas encendidas por la agonía del sol.



Calle principal donde se encontraba el hospital militar, tal y como lo describe Asúa. ACM.



El mismo edificio en 2008.

EL DESTIERRO EN LAS ISLAS

Leyendo las obras citadas, veremos que el destierro de estos cuatro deportados fue más parecido a unas vacaciones que a un castigo. Los desterrados pasaban su tiempo entre tertulias, paseos y lecturas. Quien mejor describe las vivencias de estos desterrados en las islas es Jiménez de Asúa, quien traza un retrato de cada uno de ellos, que junto a los que realiza Cossío nos dan el cuadro general de cómo fue la estancia de estos cuatro desterrados en las islas y otros personajes que les acompañaron.

Así, de Cossío, afirma que en las islas asumió la *actitud informativa*, siendo el *corresponsal sagaz de confinamiento*. Mantuvo una especial relación con Asúa, pasando muchas horas nocturnas paseando por las islas: *Conversábamos bajo, unidos de esperanza, firmes en la esperanza de la venida de mejores días, olvidados de nosotros mismos y hasta de los familiares de la Península, para no pensar más que en España, sojuzgada por una Dictadura de opereta.*



De arriba abajo Cossío, Vila y Asúa, en primer plano el comandante militar Arsenio de Fuentes Cervera, en la isla del Congreso. Fotografía de Enrique Gutiérrez.

Además, Cossío ejerció de periodista, entrevistando a personajes como Curro Oses, y enviando crónicas a distintos periódicos, incluidos algunos en el diario inglés *The Manchester Guardian* una vez liberados del confinamiento. Por eso afirma Asúa que Cossío quiso ser en Chafarinas ante todo, *periodista*.

El segundo personaje descrito por Asúa es Arturo Casanueva. Quizás el personaje más pintoresco de la expedición. Como “*loco magnífico*” lo califica, destacando de sí Cossío, como ya se ha señalado, mantuvo la actitud informativa, la de Casanueva fue la *actitud jurídica*. Y esta actitud la expresó con “*Reclamaciones en Málaga por vía forense; reclamaciones por ruta policiaca; reclamaciones con objeto reparador; denuncias al Rey, cartas informativas del desafuero hasta a organismos internacionales. Actividad, actividad. Y actividad. Pero siempre con fórmulas jurídicas.*”

Describe Cossio la llegada de Casanueva a las islas: *abogado y escritor, envuelto en un capote militar de la legión, con una Kodak en la mano y una máquina de escribir en la otra.*

En Chafarinas mostró su *ingenio extraordinario y las divertidas extravagancias de su carácter*. Extravagancias que pasaban por su a tuendo, combinando su gorro y capote legionario con babuchas. Ante la plaga de mosquitos que asolaba las islas, adquirió la única mosquitera disponible, de un azul intenso, lo que hizo preguntarse a Cossío, al contemplar la habitación de Casanueva: *Pero, ¿esta es la cama de un legionario o el lecho de Sor Concepción?* Trabajó amistad con otro deportado, Mustafa Raisuni, el cual le prometió regalarle una *esclava mora, de edad núbil y nombre “Guarda”*, pero una vez recuperada la libertad, Casanueva *adquirió la cordura suficiente para comprender las dificultades de presentarse en un pueblo europeo con una esclava al lado.*

Termina Asúa su retrato diciendo: *Arturo Casanueva fue la alegría de la isla. Corazón noble y generoso, se hizo querer de todos y su popularidad en Chafarinas habrá engendrado la leyenda del ex legionario deportado, que acaso Curro, el patriarca de aquellos peñascos, cuente a sus nietos en las quietas noches de los estíos.*

El tercer exiliado retratado por Asúa fue Salvador María Vila, descrito así: *Veintidós años mozos. Joven y estudiante. La actitud de Vila fue en todo momento asimilador, como corresponde a una conciencia que se gesta.*

En las islas fue apodado como el “Rada de la expedición”, en clara referencia a Pablo Rada, uno de los integrantes del vuelo del “Plus Ultra”. Su juventud hizo que fuera prácticamente “adoptado” por los habitantes de las islas: *Cuidábamos de él como de un hijo: cuando iba al baño estábamos inquietos temiendo que el mar, tan amado por el bisoño, nos lo arrebatará. Cada hora acrecía su experiencia. Como una esponja de avideces asimilaba el paisaje, las ondas del agua, los colores del cielo, el horizonte terrestre. Deseaba perforar las brumas y hacer de cada ojo un cañal de alance infinita. Su juventud fue en él una ventaja. El comandante le ha dado la mejor celda, la mejor cama, la mejor mesa, el mejor quinqué... Los amigos le escriben entusiasmados y le mandan dinero; le llegan también cartas femeninas... Vila se ha hecho en pocas horas un héroe popular.*

Fue quien más disfrutó de la estancia en la isla, diciendo: *Quiero recorrer todos los días la isla para que Chafarinas entre en mí*². Dice Cossío: *Vila, por su gusto,*

² Quizás estemos ante un claro ejemplo de lo que Lawrence Durrell describió como “islomanía”, “una dolencia del espíritu, que afecta a personas a quienes las islas les resultan irresistibles. El simple conocimiento de que se encuentran en una isla, en un pequeño mundo rodeado por el mar, las llena de una indescriptible embriaguez”. (Lawrence Durrell. Reflexiones sobre una Venus marina. Viaje a Rodas).

estaría deportado toda la vida (...) Vila va de una parte a otra en mangas de camisa, con la chaqueta al brazo y parece que anda sobre la punta de los pies . Cuando llegó el indulto, Vila sintió el desencanto de quien despierta de un ensueño.



Como lo describe Cossío, el ex legionario deportado Arturo Casanueva. Fotografía de Enrique Gutiérrez.

Compartía destierro con ellos Mustafa Raisuni, descrito por Asúa *su rostro enigmático, su pausado andar, el tono sereno de su voz, denuncian en el moro confinado al representante de la actitud resignada y fatalista.*

Sobrino del célebre Raisuni, uno de los líderes de la resistencia al Protectorado, era un acaudalado comerciante de Arcila, ciudad de la que fue Bajá. Se

encontraba preso en Chafarinas por unas vagas acusaciones de traición. Residía en las islas acompañado de un sirviente. El 12 de mayo, a los pocos días de la llegada de los cuatro confinados, los invitó a una pantagruélica comida compuesta de numerosos platos, justo el mismo día en el que Arturo Casanueva había presentado una queja por estar padeciendo lo que él calificaba de *hambre oficial*, ya que la comida la debían pagar de su bolsillo pese a estar desterrados forzosos.



Raisuni con su sirviente en la isla del Congreso mientras los demás habían desembarcado para levantar un monumento a Unamuno en aquella isla. Fotografía de Enrique Gutiérrez.

Tanto Asúa como Cossío lo describen como hombre pausado, tranquilo, que achacaba su encierro a que *Gobierno estar Gobierno*... Solo perdió esa flemática actitud el día en el que a Asúa, Cossío, Casanueva y Vila se les comunicó el indulto, ya que él se creía comprendido en el mismo.

Mientras estuvieron en las islas, los confinados fueron alojados en distintas

edificaciones. Así, Cossío tuvo como residencia la primera casa a par tir de la Comandancia militar en la calle del General Serano, alojamiento que compartía con el comandante Verdugo, condenado por haber asesinado a su mujer. Jiménez de Asúa y Casanueva compartieron casa en la Plaza de la Iglesia, y muy cerca, en la casa del cura fue alojado Salvador María Vila.



La iglesia situada en la plaza de Isabel II en una imagen de 1968.

Coinciden Asúa y Cossío en la descripción y agradecimientos al Comandante Militar de las islas, Arsenio de Fuentes Cer vera. *Un levantino que en su mocedad fue per iodista, es un hombre de mediana estatura, ojos muy expresivos y una movilidad extraordinaria, diremos que es el prototipo de hombre simpático, optimista y servicial*, dice de él el segundo de los autores. Se esforzó en hacer lo más cómoda y llevadera la estancia de estos cuatro deportados en las islas. Por ello, una vez vueltos a la península, le hicieron llegar, con el deseo de que fuera colocada en la Comandancia una sencilla lápida de mármol con esta inscripción: *A don Arsenio Fuentes. El buen comandante. Homenaje de gratitud de los deportados políticos. Asúa, Casanueva,*

Cossío, Vila. Destaca Asúa el buen humor del Comandante Militar *Desde que aparecía de mañana en nuestras habitaciones, con su camisa amarilla y su fusta nerviosamente manejada, un aire de optimismo nos poseía. “¿No hay noticias?, - exclamaba, sonriente -. Buena señal. Nada quieren decir hasta que decreten el indulto de ustedes.” – “¿Dicen que ha respondido el Presidente al documento del Ateneo? Señal inmejorable. Preocupan ustedes al Gobierno y pronto tendrá que resolver”.*

Lo dos autores omiten el nombre, pero destacan la figura del cura de Chafarinas. Lo describe Asúa: *Otra figura sobremano interesante era el cura que cumplía su menester religioso en Chafarinas, indirectamente deportado por motivos que no me compete inquirir. Juventud exuberante, mal avenida con los hábitos, padecía la nostalgia de lugares más poblados, y unas veces dejaba correr su vena esperanzada y otras sus agrios momentos desbordan en sarcasmos o en choques con el ambiente. Una tarde, mitad en broma mitad en veras, Casanueva le amenazó con una de sus babuchas. La serenidad de Cossío cortó el incidente. Aguardaba los correos ansiosos, y como el anhelado perdón del obispo no arribaba, sufría alteraciones nerviosas y ataques de ira. Por su parte Cossío dice: En Chafarinas hay dos formidables trasnochadores: el cura y el funcionario de Correos. Cuando todos nos hemos recogido, ellos pasean hasta la madrugada por los acantilados (...) Para el cura no hay sino una cosa intangible: el dogma. Es un hombre irritable, susceptible y agresivo. No puede jugar al tresillo porque el perder le produce un disgusto de varias horas. En todos los correos espera una carta con el perdón. El Vicario no le escribe, y cuando le escribe es para recargar la pena. Después del correo se encierra el cura en su casa rechinando los dientes.*

Las comidas las hacían en la fonda del Sr Zamora, en la Plaza de la Iglesia, donde compartían mesa con algunos funcionarios civiles y oficiales de la guarnición. Ninguno de los exiliados se quejó de la comida. Dice Cossío *Comemos en la casa del cocinero del hospital, y nos acompañan en la mesa el cura de Chafarinas, el practicante del Hospital, personaje mudo a quien no hemos podido oír ni una sola palabra; un teniente de Intendencia, gallego, enfermo por la doble nostalgia de su país y de una novia lejana, y uno de los telegrafistas, hombre que no interviene sino en los momentos graves y, por lo general, para agravarlos más. Casanueva y el cura discuten largamente. A los pocos días averiguamos que el cura es un exaltado. ¿Pero, en realidad, hay alguna persona en la isla que no lo sea?*

Por su parte, Jiménez de Asúa, dice de él *Zamora fue nuestro hostelero. En un edificio fronterizo al que ocupábamos Casanueva y yo, había instalado una especie de fonda, donde hacían sus colaciones los pocos empleados del islote (el oficial de Correos, el de*

Telégrafos) y algunos oficiales de la exigua guarnición. Nos alimentaba sana y simplemente, con pulcritud y agrado. Su blanca chaquetilla y el nítido mantel en un lujo en nuestra sobria existencia de exiliados. Con frecuencia la mesa se enriquecía con obsequios de fiambre y platos de postre, venidos de Melilla por encargo del comandante.



Los cuatro confinados en la fonda del señor Zamora. De izquierda a derecha: Arturo Casanueva, Zamora (detrás), Francisco de Cossío, farmacéutico (detrás), Jiménez de Asúa, niño y Salvador María Vila.

Fotografía de Enrique Gutiérrez.

En Chafarinas hay un espectador admirable: el Sr. Zamora, nuestro cocinero. El Sr. Zamora, en una esquina del comedor, con su chaqueta blanca, atiende el servicio siempre sonriendo y siempre ajeno a nuestra conversación. Es un contemplador admirable y de un delicioso eclecticismo. Para él todas las ideas son respetables, y todas, igualmente, merecen una sonrisa. En este diario no conseguí saber si el señor Zamora tenía algunas convicciones. ¡Inolvidables comidas del señor Zamora, con mucha conversación, y con absoluta libertad de pensamiento!

No se olvidan tampoco de la familia de Chafarinas por antonomasia: la de Curro, la familia Osés. Curro es el primer poblador de la isla. Nadie conoce el mar, de Melilla a Cabo de Agua, como él, y nadie conoce tampoco la historia de las islas de un modo tan perfecto. Toda la familia de Curro vive en Chafarinas, y él no siente la necesidad de otro mundo para vivir (...) Curro ha vivido siempre entre militares y es antimilitarista.

En una ocasión salvó a unos náufragos, exponiendo su vida, y la recompensa la otorgó el Gobierno al Comandante Militar (...) Todo lo que ha pasado en Chafarinas desde su ocupación lo sabe Curro, y, además, en todos los sucesos, de modo más o menos directo, ha intervenido como actor.

Su taberna del puerto tiene una terraza con una cubierta de madera. Es como el puente de un barco en el que Curro, el capitán, pasa la vida contemplando el mar y arreglando sus artes de pescador (Cossío).

La familia de Curro es la única que habita en Chafarinas de manera constante. Curro es el tipo de pescador nato. Curro es, además, la historia y la leyenda del islote (...) ha salvado él solo a 68 personas y no cuenta otros 34 moros extirpados de las olas porque le auxiliaron algunos camaradas en la empresa heroica (Asúa).

EL HOMENAJE A UNAMUNO



Monumento a Unamuno erigido en la isla del Congreso.

Ya hemos visto que fue el apoyo a Unamuno lo que llevó a Chafarinas a Luis Jiménez de Asúa y a Salvador María Vila, al que se adhirieron en las islas los

otros dos confinados. Así, apenas llegados a las islas, le enviaron un mensaje de apoyo con una carta que decía:

“Maestro,

Cuatro hombres - que solo exhiben este título por usted exaltado- quieren enviarle, desde la isla en la que están “confinados” su adhesión y la certidumbre de que su austero proceder ha sido para nosotros ejemplar.

No nos quejamos del desafuero. Ni el periodista, ni el abogado, ni el estudiante, ni el catedrático que hoy le escriben han experimentado nuevos dolores al abandonar las costas de España envilecida e indiferente. Acaso porque ese dolor por la patria querida y maltrecha estaba colmado y rebosante.

Al contrario. Estos cuatro hombres se han sentido tales al pisar las rocas de esta isla. Hoy se saben cumplidores de su deber. Hasta ahora vivieron en su país con sonrojo aumentado por la actitud de usted, solitaria y magnífica.

Quienes vivían en España una existencia intervenida y coaccionada, amordazados por una tiranía abyecta y bufa, parecen haber recobrado la libertad al ser deportados. Y si vuelven a su patria, no será con intimidación y arrepentimiento, sino con más vehementes ansias de lucha y con renovados proyectos.

Maestro, esos cuatro confinados piensan un día escalar la despoblada isla Congreso y apilar con sus manos piedras y tierra. Con ellas quieren elevar un pequeño obelisco en que grabarán toscamente el nombre de usted, que recuerdan cada día con superlativa admiración.

Para ofrendárselo le escriben ahora estos cuatro discípulos, que aprovecharon de su maestro la excelsa lección de dignidad”.

Y la promesa fue cumplida, y uno de los últimos días de su estancia en las islas, cruzaron a la isla del Congreso, y “en un alto, abrigado de vientos por crestas más empinadas, hicimos un hoyo profundo. En una caja³ encerramos un breve trozo de papel con el nombre esclarecido de Unamuno y en homenaje de seguidor es pusimos nuestros apellidos. Una tea resguardaba el envoltorio, para preservarle de la humedad terrestre. Y sobre el hueco relleno de arena apisonada apilamos piedras voluminosas. Una, de aspecto piramidal, coronó el monumento. Poco diestros en el tallado, no logramos herir la dura materia con los toscos remedos de buril que estaban a nuestro alcance. Tras de plurales y

³ Fue en un tubo de aspirinas, como cuenta Francisco de Cossío en su libro.

frustrados ensayos, hubimos de renunciar — no sin dolor — a que quedase grabado el nombre del maestro. La prestancia moral del conmemorado dio al modesto obelisco proporciones insospechadas. El humilde montón de piedras parece, en la fotografía obtenida por nosotros, obra de dimensiones grandiosas”.



Isla del Congreso, lugar destinado para erigir el monumento a Unamuno. Esta cara de la isla es la primera imagen que se observa a la llegada al archipiélago y, así sería para todos los deportados que llegaban por primera vez.

EL FIN DEL DESTIERRO

El 17 de mayo de 1926, y con motivo de ser el cumpleaños del rey, y por *expreso deseo de Su Majestad* fueron indultados los cuatro deportados, aunque Jiménez de Asúa achaca el perdón a *la densidad y el volumen de las protestas desencadenadas en España y, sobre todo, en América*. Siguiendo los cauces burocráticos de rigor, esta real orden fue comunicada por el Comandante General de Melilla al Comandante Militar de Chafarinas el 18 de mayo, y a su vez transmitida por éste a los interesados el día 19. Lo cuenta Cossío en su libro: *La primera noticia del regreso nos llega en casa de Torres*⁴. El Comandante empieza enseguida a poner telegamas

⁴ El Sr. Torres era el farmacéutico del Hospital. Junto a su esposa fue uno de los anfitriones de los deportados que se reunían en su casa en animadas tertulias.

y a decirnos que ha acertado. El Comandante siempre acierta. Mustafá, tendido en un diván, ha suspendido el juego de damas para ponerse un poco triste. Vila también está triste, y sobre la mesa el telegrama azul tiembla un poco. Aquel día — nos dicen, porque en Chafarinas andamos mal de memoria — es el santo del Rey, y entonces advertimos que Mustafá luce un caftán y un turbante magnífico. Es el único que se ha vestido de fiesta y el único que no ha recibido gracia.



Vista de la isla del Rey desde Isabel II, una de las imágenes fijas que los confinados observaban en sus paseos diarios por los alrededores de Isabel II.

Aún faltan dos días para que llegue un barco. Pero la tristeza no está en la adversidad sino en dejar las cosas. En dejar aquella celda en la que no hay sino lo necesario. En dejar aquella ventana con cosas tan distantes. En dejar aquellas cuatillas sobre la mesa, en las que íbamos a escribir algo que no podremos escribir más en la vida. En dejar unos amigos entrañables que sabe Dios cuando volveremos a encontrar...

Más lacónico se expresa Jiménez de Asúa, que concluye su obra con una lapidaria frase: *A MÍ NO ME IMPORTARÍA VOLVER A CHAFARINAS.*



Vista panorámica detallada de la isla de Isabel II.

Comandancia (1).—Faro (2).—Torre de la Conquista (3).—Pabellón donde estaban las celdas de Casanueva y mía (4).—Pabellón donde habitó Vila (5).—Iglesia (6).—Casa donde nos servían las comidas (7).—Camino que contornea toda la isla, denominado "paseo de los Tristes" (8).—Pabellón donde Cossío tuvo su celda (9).

Del libro de Luis Jiménez de Asúa "Notas de un confinado" de 1930.